

Memorialistas & Viajeros

Léo Malet: “Diario secreto”¹

Bartolomé Leal, desde Paris

El escritor de novela negra Léo Malet (1909-1996) es seguramente menos conocido que el belga Georges Simenon, considerado con justicia el más reputado autor del género en el dominio francés; y un gigante a nivel mundial. Malet, un auténtico vagabundo de múltiples oficios, nacido en Montpellier, formó parte del grupo surrealista por los años 30. Poeta, amigo de Breton, de los pintores Magritte y Tanguy, de Péret (que lo invitó a hacerse trotskista), es uno de los autores que con mayor propiedad refleja los modos de ese mundo bohemio y canallesco que hizo de Paris (y sobre todo de Montmartre, donde Malet se producía en los cabarets como *chansonnier*) un mito de intelectuales, un paraíso terrenal al que cuanto personaje se sintiera con dotes artísticas ansiaba acceder.

Literariamente, Malet es un heredero de los folletínistas, sobre todo de Eugène Sue, de cuya serie tomó el título para crear sus “Nuevos misterios de Paris” (1954-1959). Se aboca a redactar una seguidilla de historias policiales, protagonizadas por su detective Nestor Burma, anárquico, fumador en pipa, devoto del argot y de las *demoiselles*, ambientándolas en cada uno de los diferentes *arrondissements* de Paris, como se llaman las 20 divisiones territoriales de la ciudad-luz. Malet alcanzó a redactar 15 de estas novelas, que junto a otra veintena de obras (incluidas 5 recopilaciones de cuentos y un volumen de memorias) constituyen el canon de este autor que nunca hizo ruido, pero que dejó una obra admirable, hasta el día de hoy insuperada en cuanto a reflejar los modos de vida en esta ciudad por los años 50; y que apenas cambia, a medida que los siglos pasan.

Léo Malet viró el rumbo del *roman noir* francés y notables autores reconocidos en la actualidad, de Frédéric Dard a Jean-Patrick Manchette, de Jean-Claude Izzo a Fred Vargas (sin dejar de mencionar Gérard de Villiers o José Giovanni), son herederos del enfoque de Malet más que del de Simenon. Malet fue por cierto influenciado también por los *pulp* norteamericanos. Aficionado a los seudónimos, utilizó varios, algunos bastante graciosos: Frank Harding, Léo Latimer, Lionel Doucet, Jean de Selneuves, Noël Letam, Omer Refreger y John-Silver Lee (con Narcejac). Su mezcla de surrealismo de primera fuente, folletín decimonónico y amoralidad *hard-boiled*, dio lugar a una narrativa negra sumamente autóctona, en el sentido de que en muchos aspectos se revela difícilmente traducible, donde las situaciones absurdas, la minuciosidad municipal y los giros del lenguaje (jerga del hampa) juegan un rol expresivo indisoluble de su eficacia.

¹ Léo Malet, *Journal secret*, Fleuve Noir, Paris, 1997

En un libro de memorias, Léo Malet cuenta de sus contiendas como escritor a quien no se le dieron fáciles las cosas. En su “Diario secreto”, publicado póstumamente a un año de su muerte, complementó detalles de su vida que se supusieron interesantes para sus seguidores. Sin embargo, el libro pasó sin pena de gloria y hoy en día encontrar un ejemplar es casi una hazaña. El mío se lo arrebaté a un *bouquiniste* de la *rive droite* (para ser preciso), con quien me pasé una hora hablando de Léo Malet y de su legado en las letras francesas. Sacó de por abajo de sus cajones llenos de pringues unas hermosas primeras ediciones, relativamente caras, reservadas para los “verdaderos aficionados”.

El tema central de este diario íntimo son las erecciones. O más bien las dificultades que el autor, ya septuagenario, tenía para lograrlas. Bueno, no es el único tema, pero se trata de un texto que pormenoriza, casi con obscenidad (en su sentido etimológico: lo que no se puede mostrar), la intimidad de un Malet que amenaza, cada dos páginas, con suicidarse de una vez por todas y acabar con sus pesares: entre otros, la muerte de su esposa y las dificultades que tiene con su nueva compañera, más joven que él y con quien no puede consumir el acto carnal; precisamente porque no le vienen erecciones.

Las reflexiones son a menudo patéticas y recuerdan mucho a las de su voluble detective: “Qué extraño animal es el ser humano. Esos sentimientos... El sexo que no se puede disociar del corazón... Sin las tetas y el culo de la mujer a quien se ama, ¿de qué vale vivir?”. Y agrega: “Se sabe bien por qué se suicidaron Hemingway, Romain Gary y varios otros”. Aunque lo proclama, sabe que suicidarse no es tarea fácil: “Me digo que la locura podría reemplazar al suicidio. Suicidarse exige un coraje que seguramente no tengo. Pero sumirse en la locura –que puede pasar por una especie de muerte– es más fácil... Y el loco muere sin saber que lo es”. Remata así: “¡Si yo pudiera todavía ser feliz en los brazos de una mujer por el poco tiempo que me queda de vida!”.

No es mucho lo que Malet dice de literatura en este libro, que busca esa espontaneidad de lo que los surrealistas llamaron “automatismo psíquico puro”, y que raramente aplicaron; aunque este compañero de ruta que fue Léo Malet, sí lo hizo. He aquí una afirmación interesante, referida a su propia obra: “Escribir libros a los 30 años y no ser reconocido más que 40 años después, no es un triunfo. Es la consagración del fracaso”.

El amor, siempre. “Jamás he podido (o muy raramente) disociar el corazón del sexo. Incluso cuando frecuentaba los burdeles, montaba siempre a la misma mujer. Se creaban lazos... A propósito de putas: siempre he hecho buenas migas (si se puede decir) con ellas. Creo que es porque somos de la misma raza. Pobres seres heridos e infelices”. Sin embargo, más adelante cuenta del odio tan terrible que le provoca una prostituta, que se le pasa por la cabeza estrangularla. No lo hace físicamente, aunque sí en un libro.

Una frase final: “Me pregunto bruscamente por qué continúo escribiendo estas tonterías, que no podrían, si fueran publicadas, más que ridiculizarme. Sé que llegará el día en que tiraré todo al fuego o por un agujero del alcantarillado. ¿Entonces?... Después de todo, continúo. Me da agilidad a los dedos y hace trabajar un poco esta pequeña cabeza, que tiene gran necesidad de ejercicio, la pobre”. Gracias, maestro, por haber continuado...

